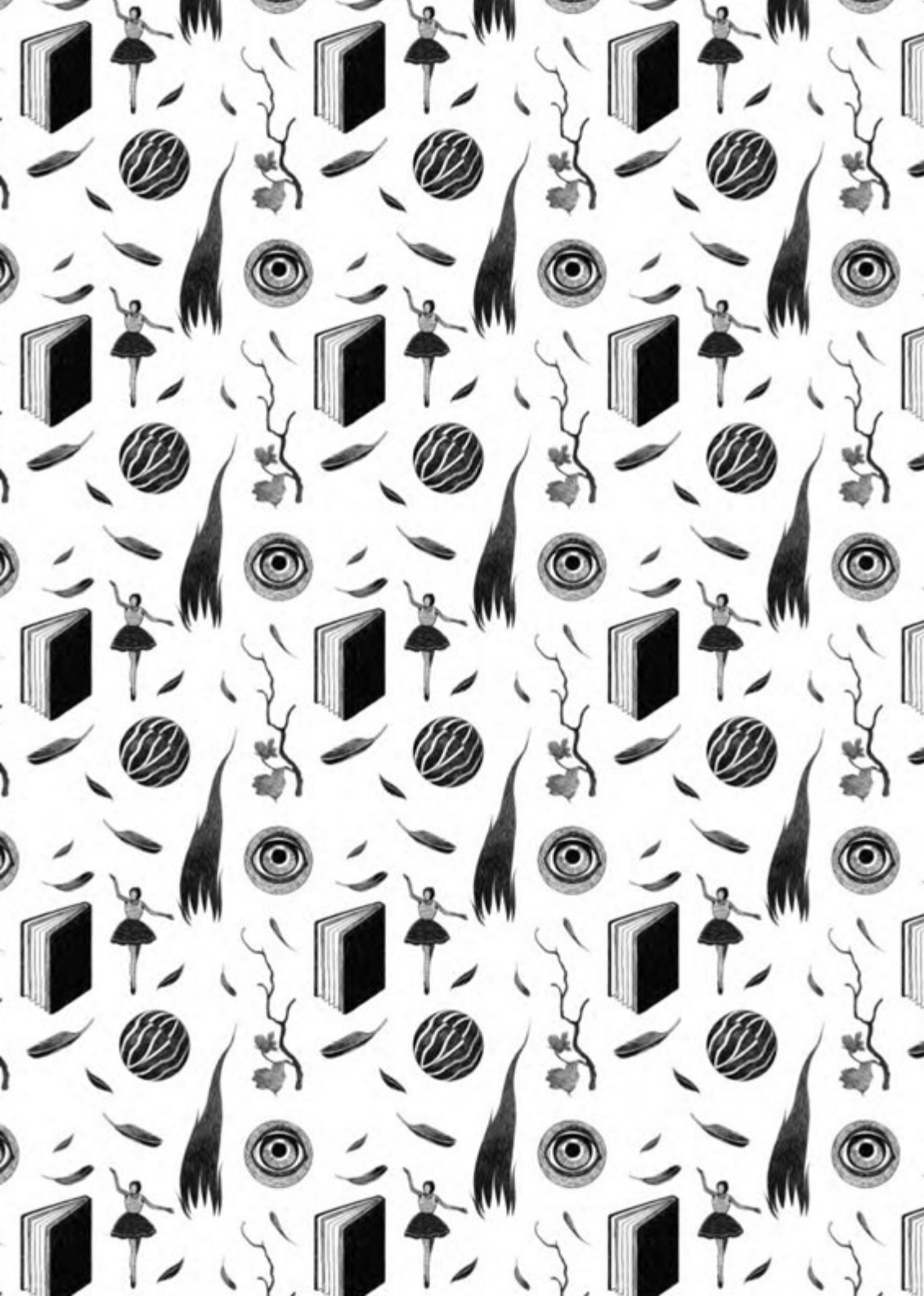


Feria de fenómenos o El libro de los niños extraordinarios

Betina González

Ilustraciones de Maxi Amici





Feria de fenómenos
o El libro de los
niños extraordinarios

Feria de fenómenos o El libro de los niños extraordinarios

Betina González

Ilustraciones de Maxi Amici



LOS ESPECIALES DE

A la orilla del viento



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2023

González, Betina

Feria de fenómenos o El libro de los niños extraordinarios / Betina González ;
ilustrado por Maxi Amici - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Fondo de Cultura Económica, 2023.
104 p.; il. ; 15 × 21 cm. - (Los Especiales de A la Orilla del Viento)

ISBN 978-987-719-407-4

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. 2. Narrativa. 3. Cuentos. I. Amici, Maxi,
ilus. II. Título.

CDD A863.928.3

Distribución mundial

© Betina González, del texto, 2023

D. R. © 2023, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH, Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Edición: Lola Rubio
Corrección: Natalia Ribas
Diseño y armado: Rafael Medel y López
Ilustración de tapa e interiores: Maxi Amici

ISBN: 978-987-719-407-4

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11723

ÍNDICE

Niño de Barro	11
Fuego y la niña	21
Receta para obtener un niño melancólico	31
Hermelina	47
Niño Salvaje	57
Receta para obtener una niña verdaderamente libre	67
La torre y la niña	85
La cárcel y la muñeca	93

Para Luis, hermano



NIÑO DE BARRO

TODOS los días hago un niño de barro. Le pienso bien los ojos, la boca, la nariz apenas respingada, el pelo sencillo. Nunca es muy alto. No pasa de mis rodillas. Las manos y los pies son lo más difícil. Un niño necesita pies firmes, me digo. Y manos que puedan ser puños. Me concentro, después, en el pecho. Pongo la mano en su piel fría y respiro. Uno, dos, tres. El niño abre los ojos y dice:

—Vamos al jardín.

Y también:

—¿Por qué no tomamos sol, un helado o, por lo menos, el toro por sus astas? (El niño siempre tiene buenas ideas.)

Nunca me dice “mamá” o “papá” y eso es un alivio. Porque no hay nada familiar en mi relación con él. No es mío ni yo soy de él. Ni siquiera nos conocemos porque acabo de crearlo. No tengo idea de quién es y eso me maravilla.

Cuando ya hemos jugado un poco y pienso que está listo, lo mando al mundo y espero.

Casi siempre vuelve roto. Una rajadura en la espalda, tres dedos menos, un agujero en la mejilla. Entonces me cuenta: el agujero en la cara es el recuerdo de una niña. Cuando doblaba una esquina, se encontró con una chica de pelo rubio y piel de porcelana que se prendó

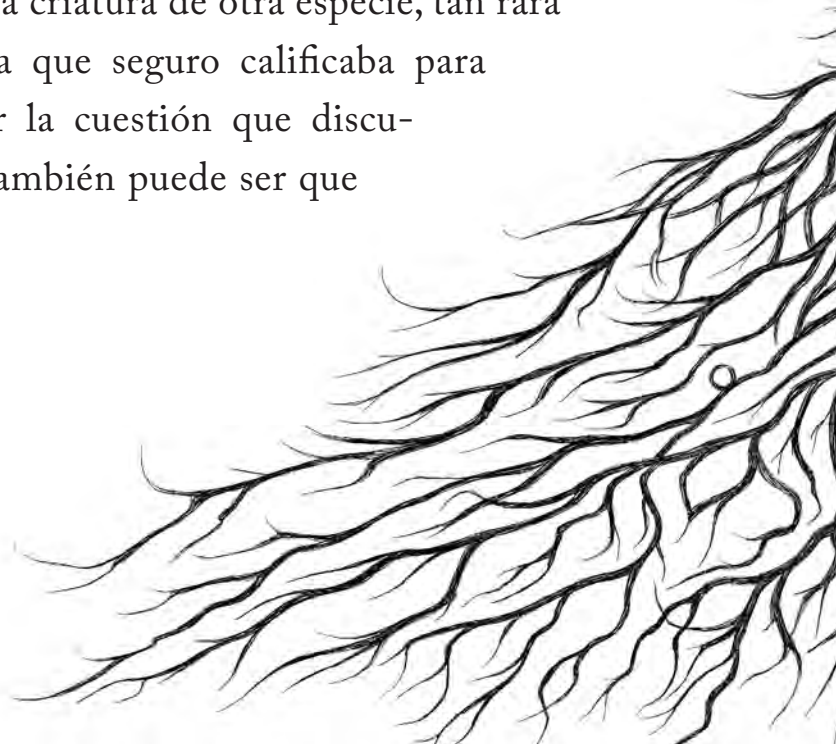
de él. Él siguió su camino, que era el del río, y —por lo que sé— el favorito de todos los niños de barro, que parecen oír el llamado del agua que bordea la ciudad. A la rubia no le gustó nada ser ignorada y, como iba de la mano de un hombre que fumaba un cigarrillo, se lo quitó de los dedos y, muy diestra, lo apagó sobre la mejilla del niño, que volvió a la casa sin bajar al río y con un agujero negro como un susto en su mejilla.

Yo suspiro. Sé que otros niños antes que él han tenido ese tipo de encuentros. Pero no tengo nada que decirle, excepto que ahí afuera hay gente que ama y que no se puede hacer nada al respecto.

El niño se toca con precaución la mejilla, palpa el agujero con su índice de yema plana como si tratara de no despertarlo. Asiente. Abre y cierra los párpados. Toma un sorbo de

agua —todos los niños de barro aman el agua, siempre la buscan y la encuentran—, se pasa la lengua por los labios y sigue.

Los dedos los perdió en una disputa, me dice. Había tres hombres discutiendo sentados sobre el puente. Uno de ellos decía que Dios vivía en el río; otro, que en el cielo, y el tercero, que no existía. Cuando vieron venir al niño lo detuvieron. Nunca antes se habían cruzado con alguien así. Les pareció una señal, una criatura de otra especie, tan rara y ajena que seguro calificaba para dirimir la cuestión que discutían (también puede ser que





fueran de esos que creen que los locos y los niños siempre dicen la verdad). Le preguntaron entonces al niño si el creador de todas las cosas vivía en el agua, en el cielo o en la nada misma. Él los miró con sus ojos negros pintados al carbón y tuvo miedo, porque sabía la respuesta a esa pregunta.

—Las cosas se hicieron a sí mismas, así que todas son dioses —contestó.

(El niño es inteligente. Siempre tiene buenas respuestas a cuestiones filosóficas. No confunde un mero soplo de aire con la respiración de una divinidad.)

Los hombres se enfurecieron. Lo agarraron de los brazos e intentaron arrojarlo al río, donde seguramente se hubiera deshecho en ondas de suave lodo. Pero el niño luchó con sus manos como puños y siguió gritando su verdad.

—¡Nadie me hizo, nadie me hizo! —decía en su intento de protegerme.

Así fue como perdió sus tres dedos y volvió a casa sin haber podido bajar al río. Yo lo miro y trato de no mostrar ninguna emoción. En general, eso me sale. Las emociones son ciertas solo cuando son invisibles. Así que pongo mi mejor cara cuando suspiro y le digo que ahí afuera hay gente que cree y que no se puede hacer nada al respecto.

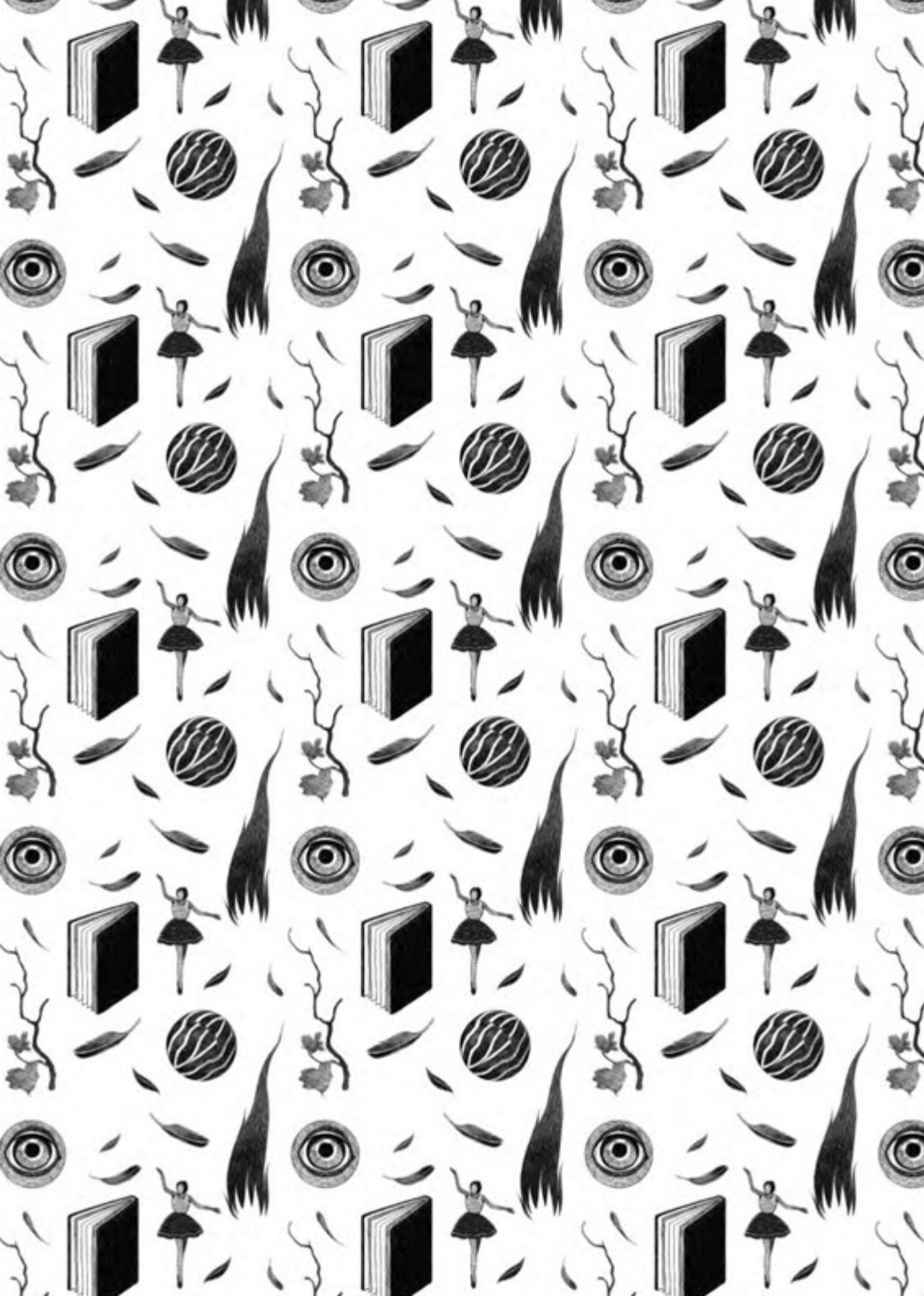
El niño sonrío sin mostrar los dientes. No está satisfecho, pero acepta lo que digo.

Entonces llegamos a la rajadura en la espalda. El niño se tambalea un poco. Apoya una mano en un árbol. Me acomodo mejor en el pasto para escuchar su historia. Pero no hay ninguna. El niño no sabe de dónde ha salido esa línea que le quiebra la espalda como un rayo. Por eso sigue sonriendo mientras la

rajadura se ahonda hasta transformarse en hueco. Me sigue hablando del sol, de las flores, de cómo brillan las cosas del mundo cuando él posa sus ojos en ellas. Habla sin darse cuenta de que la línea corre rápida hasta su cintura. Su cuerpo se parte primero en dos y después se desmorona ante mis ojos. Lo último en caer es la mano que se aferraba al árbol. Ahora el niño es un montón de barro seco a mis pies. Y no tengo nada para decirle porque siempre llego tarde a ese error. Algún día, me digo, iré yo a ver cómo es eso del afuera y por qué es tan necesaria una columna vertebral, un balance interior, un lugar que se erice y se estremezca y a la vez te sostenga, en equilibrio secreto, frente a la furia del mundo. Siempre me voy a dormir con ese propósito. Pero al día siguiente me despierto y recuerdo que ahí afuera hay gente que ama

y que cree, y que no se puede hacer nada al respecto. Así que me levanto y hago un nuevo niño de barro para que salga y me cuente.

Feria de fenómenos o El libro de los niños extraordinarios, de Betina González,
se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2023 en Arcángel Maggio - División
Libros, Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 2.500 ejemplares.



Feria de fenómenos o El libro de los niños extraordinarios despliega una galería de niños particulares en sus dones —extraordinarios— y también en su padecimiento.

Los personajes, piezas únicas, rarezas creadas como un experimento alquímico, nos llegan modelados por familias peculiares y siempre imperfectas. Niña Poeta, Niño Melancólico, Niña Colérica, Niño de Barro, entre otros, entran y salen del teatro familiar, dejando entrever lo siniestro de lo cotidiano.

Con una pluma cautivante, Betina González nos ofrece ocho historias fantásticas, inciertas, inclasificables. En ellas, reflexiona acerca de lo animado-inanimado, el ser, la nada, lo vital, lo heredado, el lugar en el mundo y en la familia, la singularidad.

